

prima, reencuentra el tono de amistad, broma y afecto que la caracterizó siempre: «tal vez existe una ternura suplementaria hacia aquella que, sin duda ninguna, fue la confidente de su desgraciado amor» (p. 419).

Pues, efectivamente, Mozart ha tenido, durante ese año de viaje realizado por primera vez sin su padre, una gran pasión amorosa, defraudada por su objeto: la cantante Aloysia Weber. Durante su prolongada estancia en Mannheim, Mozart se había encaprichado de una hermosa joven, Augusta Wendling, que cantaba muy bien y había sido amante del príncipe-electoral. Le había dedicado una arieta (KV. 307). Pero eso no duró casi nada. Lo importante de la estancia de Wolfgang en Mannheim, fuera de sus contactos con francmasones, fue indudablemente su amor por Aloysia Weber. El padre de esta muchacha era copista, y Mozart le encargó algunas copias; al recogerlas en su casa, encuentra a la segunda hija del copista, ejerciendo su preciosa voz de soprano con las arias de Mozart: éste se enamora en el acto, tanto de la joven como de su voz. Wolfgang se hace acompañar por ella y su padre en un breve viaje a Holanda, a donde va a presentar algunas obras suyas. «Es el flechazo: ama a Aloysia Weber, (...) después de esta semana de ensueño, el mundo no existe para él más que en función de Aloysia (...) La señal más significativa de su amor (...) es el hecho de que proyecta con su «querida Weberin» una gira por toda Italia, y renuncia bruscamente a su mayor deseo, escribir una ópera alemana (...) Con el exclusivismo del amor afirma que sólo él puede escribir la ópera que valore suficientemente los méritos de la joven. Él, tan justamente orgulloso de las posibilidades de su genio, no lo considera ahora más que como un instrumento al servicio de la que ama» (p. 290-291).

Contratada para cantar óperas en Munich, Aloysia y su familia se trasladan a esa ciudad, y es allí donde Mozart se reencontrará con ella en diciembre de 1778. «Mozart da por hecho su próximo encuentro con Aloysia, y el compromiso definitivo que resultará de ello» (p. 395). Pero, de forma brusca e imprevisible, es rechazado por su amada; su pena es inmensa y su primera reacción consiste en ir a llorar en brazos de un amigo. De ese amor decepcionado fue testigo la «alegre primita» de Wolfgang Mozart. Aloysia, sin duda, no ha amado nunca de verdad a Wolfgang como él la amó a ella. Además, cuando se reencuentra con él, ella es ya *prima donna* y cobra un buen sueldo, mientras él no ha cosechado ni dinero ni éxitos en más de un año de viajes por Europa. Más tarde, con el recuerdo de su amor —y su orgullo— herido, Wolfgang escribirá de Aloysia que es «hipócrita, mala y coqueta» (p. 406). Pero no termina ahí la historia de Wolfgang y Aloysia. En 1779, ella fue contratada en Viena, murió su padre, y luego ella se casó con el actor Josef Lange, reciente viudo, en octubre de 1780. A partir de entonces, su madre, que sin duda dictara a Aloysia parte de su actitud frente a Wolfgang en Munich, admitió huéspedes en su piso. Algunos meses después, en 1781, Mozart, que se encontraba en Viena, solo, sin casa ni empleo, se alojó en casa de la señora Weber, ocurrencia que lo llevará poco más tarde a casarse con Constanza Weber, hermana menor de Aloysia. Convertida en «la Lange», *prima donna* de gran renombre, y en cuñada de Wolfgang,

su antigua amada Aloysia Weber mantendrá con Mozart relaciones de familia, amistad y trabajo caracterizadas por el buen humor y la sinceridad. Luego se separaron sus destinos profesionales, y Mozart murió. Aloysia se retiró junto a su hermana Constanza en Salzburgo donde murió septuagenaria en 1830, y cuando se le hablaba de Mozart, se excusaba diciendo: «Le conocí muy poco; pensaba de él que era un gentil hombrecillo» (p. 760).

Volvamos hacia atrás en el tiempo; Mozart regresó a Salzburgo a principios del año 1779 y no salió de la ciudad hasta noviembre de 1780. Durante ese tiempo, se debe suponer que se curó de su amor por Aloysia, pero parece no haberla reemplazado por ninguna otra mujer. Al dejar Salzburgo en 1780, pasa a Munich para realizar su ópera *Idomeneo, re di Creta*. Durante el carnaval de Munich en 1781, se sabe, pero sin detalles, que tuvo «relaciones con una dama de dudosa reputación» (p. 443). De Munich se traslada directamente a Viena en marzo del mismo año, rompe con su señor el arzobispo, y en mayo se aloja en casa de la señora Weber.

Aquí empieza un enredo que conducirá a Mozart a aceptar el matrimonio con una mujer que no le inspiró nunca una gran pasión amorosa: Constanza Weber. Los rumores y los chismes no tardan en difundirse. El 25 de julio de 1781, Wolfgang escribe a su padre: «Porque vivo en su casa, resulta que debo casarme con la hija. ¿Qué esté o no enamorado? Esto no importa; es un punto sobre el que se pasa de largo; vivo en la casa, luego me caso. ¡Si en algún momento de mi vida no he soñado con el matrimonio es ahora! (...) Dios no me ha dado mi talento para unirme a una mujer y pasar toda mi juventud inactivo. Comienzo apenas a vivir, ¿y voy a amargarme yo mismo la vida? No tengo nada contra el matrimonio, pero para mí, en estos momentos, sería algo fastidioso. (...) No quiero decir con esto que me muestre altivo con la señorita con la que me quieren casar, y que no le diga nada, pero no estoy enamorado de ella. Hablo, bromeo con ella cuando tengo tiempo, y eso es todo. Si tuviera que casarme con todas con las que he bromeado, tendría doscientas mujeres» (citado en p. 481). Patentemente, la pobre Constanza no es amada. Al menos, de momento. Pero el 15 de diciembre de 1781, Wolfgang escribe a su padre una carta larga y laboriosa en la que explica que «el objeto de [su] ardor es... ¡una Weber! Pero ni Josefa, ni Sofía: es Constanza... la mártir de esta casa, y tal vez a causa de esto, la más dulce, la más inteligente; en una palabra: la mejor» (citado p. 488). Mozart cayó en la trampa de las habladurías y de la madre de Constanza: ésta y el tutor de sus hijas han arrancado a Mozart la promesa de casarse con Constanza antes de tres años, o, en caso contrario, deberá indemnizar a la madre con trescientos florines anuales. Entonces, Wolfgang no tiene otra solución que acostumbrarse a la idea de casarse con Constanza en la que reconoce las virtudes que harán de ella una buena esposa y una buena madre.

Uno de los argumentos que Wolfgang da a su padre para justificar su inminente matrimonio es el siguiente: «La naturaleza habla en mí tan fuerte como en todos los hombres jóvenes y fuertes. Me resulta imposible vivir como la mayoría de los jóvenes

de hoy. En primer lugar, porque soy demasiado religioso; en segundo lugar, porque amo a mi prójimo demasiado, y mis sentimientos son excesivamente (sic) honestos como para seducir a una inocente jovencita; y en tercer lugar, tengo demasiado horror, repulsión y temor a las enfermedades... para arriesgarme con ciertas chicas. Os puedo jurar que no he tenido nunca nada que ver con esta clase de mujeres» (p. 487). La situación se enreda de tal modo que Mozart se ve obligado a firmar el compromiso de matrimonio con Constanza, para salvar la reputación de la joven y su propio honor. Luego durante unos seis meses, la madre de Constanza hace la vida imposible a los novios, de forma que Constanza huye de su hogar y Wolfgang se casa precipitadamente con ella el 4 de agosto de 1782. Es cierto que Constanza no le es indiferente, tiene dieciocho años y no es fea, pero no es música ni cantante, y parece que Wolfgang Mozart se ha dejado convencer demasiado fácilmente de que ha tomado la única decisión oportuna.

El matrimonio de Mozart se puede considerar como globalmente feliz. Constanza le dará seis hijos de los que sobrevivieron dos varones; uno de ellos, el último, Franz-Xaver, fue músico y pobre. Ambos murieron solteros y sin descendencia, habiendo llegado a la edad madura. Pero tanto Wolfgang como Constanza parecen haber sido recíprocamente infieles sin que naciera ningún drama ni escándalo entre ambos. Constanza es inconsciente, ligera y merece bien poco su nombre. Ya de novia, provocó los celos de Wolfgang por haber dejado a cierto señor medirle las pantorrillas en un juego de sociedad. Este liviano suceso motivó una discusión sin consecuencia. Más tarde, cuando Constanza se encontraba en Baden para curarse, y separada de su marido, su trato demasiado familiar con ciertos hombres extranjeros dió algunas preocupaciones a Mozart, que no manifestaba realmente celos en sus cartas a su mujer, sino cierta contrariedad al pensar en la opinión pública.

Constanza tendría más serios motivos de ser celosa, pero al parecer no lo fue, excepto tal vez de Teresa von Trattner. Esta señora, esposa de un librero, empezó siendo alumna de Mozart en 1781. En diciembre de 1783, Wolfgang y Constanza se instalan a vivir en su casa. En una sala llamada «sala Trattner», posiblemente en el mismo domicilio de esta dama, se celebran varias «academias» o recitales de Mozart en 1784. En septiembre de 1784, Mozart debe abandonar el techo de su alumna y amiga porque se ha empezado a murmurar sobre las relaciones de Wolfgang y Teresa von Trattner. En este caso Constanza sí pudo influir en la decisión de alojarse en otro sitio. Teresa von Trattner era una mujer capacitada para comprender el genio musical de Mozart y éste le dedica dos obras para conmemorar su separación; se trata de un *Sonata* para piano (KV. 457) a la que Mozart añade, como introducción, una *Fantasia* (KV. 475) algunos meses más tarde. El envío de estas dos obras fue acompañado por sendas cartas de Mozart sobre la manera de interpretarlas. Estas cartas han desaparecido, y la propia Teresa von Trattner se negó a entregarlas a Constanza después de la muerte de Wolfgang.

Los musicólogos ven en estas obras dedicadas a Teresa von Trattner unas páginas «excepcionales y ardientes» (p. 1192) en las que resultaría fácil escuchar un canto de amor contrariado por las circunstancias. El papel de la presencia de Teresa von Trattner en la actividad creadora de Mozart es un hecho innegable. También es un hecho el que Teresa haya muerto apenas tres años después de Mozart y exactamente a la misma edad. Los datos referidos permiten, por tanto, pensar que Wolfgang Amadeus Mozart experimentó un sentimiento amoroso de múltiples dimensiones hacia la señora von Trattner.

La cantante inglesa Nancy Storace es otra de las mujeres que han podido suscitar celos en Constanza Mozart. «El amor recíproco entre Mozart y [Nancy Storace] no ofrecía ninguna duda para sus contemporáneos, ni para nosotros» (p. 594). Desde fin de 1783 hasta 1787, fecha en que Nancy Storace regresó a su país, es decir, casi cuatro años, es lo que duró la «amistad» de Mozart con esta cantante que estrenó el papel de Susana en *Le Nozze di Figaro*. Para hacernos alguna idea de la despedida, hay que remitirse a la gran *Scena drammatica* (KV. 505) que Wolfgang escribe para Nancy Storace el 26 de diciembre de 1786. Mozart ha escrito como epígrafe a la partitura: «Para la señorita Storace y para mí» (p. 610). Mozart tenía la intención de viajar a Inglaterra para reunirse con Nancy Storace, pero nunca lo podrá hacer. Mantendrán una correspondencia hasta la muerte de Wolfgang, pero Nancy Storace ha destruido antes de morir todas las cartas de su amado Mozart. Para imaginar la belleza de su amor, nos queda lo mejor de ambos: la música, la mencionada *Escena* y, también, por ejemplo, el aria «de los castaños» de *Le Nozze di Figaro*.

El año de 1787 empezó tristemente con el vacío dejado por Nancy Storace y sus amigos ingleses, con la muerte de su amigo Hatzfeld, y la enfermedad y luego la muerte de su padre, Leopoldo. La segunda parte de ese mismo año fue ocupado por la composición de la ópera *Don Giovanni*, representado en Praga con un éxito completo. Por la misma época, Mozart escribe a su amigo Jacquin: «El placer de un amor ligero e intrascendente, ¿no está a una distancia astronómica de la felicidad que proporciona un amor sincero y apoyado en la razón?». Los biógrafos J. y B. Massin comentan: «Si él puede tomar aquí, con evidente sinceridad, el partido de Ottavio frente a don Giovanni, es que Mozart, tan ágil para contar chistes subidos de tono, tan débil sin duda en tantas ocasiones delante de los encantos de una mujer bonita, se mantiene y se mantendrá siempre el mismo que en los tiempos en que se consagraba tan generosamente a su amor por Aloysia y no consentirá nunca dejar de tomar su corazón en serio. El comensal de Da Ponte y de Casanova habla como cantaba Belmonte, como cantará Tamino, y como sabe amar Wolfgang Mozart. El no identificaba necesariamente el amor con el matrimonio. Está claro que amó profundamente a otras mujeres además de a la suya, y más profundamente aún que a la suya, a Teresa von Trattner y Nancy Storace, por ejemplo» (p. 628-629).

Durante los tres últimos años de su vida, Mozart estuvo con frecuencia separado de su mujer, porque ella tenía problemas de salud y tomaba aguas en Baden. Por